

CONTRIBUCIONES

EL INDIO ECUATORIANO EN LA PRENSA

Por ANTONIO SANTIANA

Que el indio ecuatoriano vive una existencia apagada y pobre, es un hecho que se exterioriza en todas partes, ciudades y campos, a lo ancho de la serranía y a lo largo de los siglos.

La gran masa aborigen, como la hierba, se desparrama con silencio y sigilío entre las breñas y laderas más pobres de la meseta. Pero, por primera vez, el indio salió de su mutismo en dos ocasiones y en la primera, en manifestación callejera y congreso, realizados bajo iniciativa y control de activos elementos políticos, exhibió su hambre y pidió su redención. Poco después, empujado como siempre, se adelantó a la tribuna del Congreso Nacional y aquí, con sencillas y angustiosas frases, descubrió sus lacerías e imploró ayuda.

Lo que a través de la agitación política de los años últimos se ha logrado, es al menos despertar la atención y en cierto modo el interés hacia los autóctonos. Desde luego, no todo lo que se ha dicho se ha transformado en acción, pero ésta se vislumbra para un futuro próximo. La información de prensa lo demuestra así, y está llena de comentarios

y sugerencias sobre la reforma agraria. El huasipungo (pequeña parcela de tierra entregada en préstamo al peón de hacienda), reminiscencia típica de la Colonia, ha sido objeto de enconado ataque. Pero se ha hablado también de la "integración" del indio a la vida civilizada; de la necesidad de proveerle de agua y tecnificar los cultivos; de crear escuelas, mejorar el hogar rural preparando a la mujer y prestándole asistencia médica; de modificar la vivienda dándole mejor ventilación e iluminación, y de promover la construcción de casas bajo el sistema de ayuda mutua.

Este era el clima del momento, y todo parecía destinado a una pronta y mutua colaboración cuando, el miércoles 3 de octubre de 1962, apareció en el Diario "El Comercio" de Quito la noticia cuyo comentario sigue. El informe decía: "Gentes (los indios) enfurecidas dieron cruel muerte a dos miembros de la Misión Andina en Azuay. Dr. Jorge Merchán Aguilar y el trabajador social Hernán Vinueza victimados a palos y machetazos; cadáver del primero fue quemado."

"Pobladores de una comunidad cercana a Cuenca (Ecuador meridional) se amotinaron ayer contra la brigada médica de la Misión Andina (servicio internacional de asistencia al indio), y victimaron brutalmente e incineraron los cuerpos del Jefe del grupo, el Dr. Jorge Merchán Aguilar y el trabajador social Hernán Vinueza, dejando gravemente heridos al Prof. Humberto Ochoa Morales y a la señorita enfermera Elba Boderó, quien se salvó por rara circunstancia de la suerte. Cumplían una misión de redención social en el pueblo de Guachún, a 25 kilómetros de Cuenca".

Este hecho nos ha sugerido el siguiente comentario, destinado al público en general para orientar su opinión en lo referente al indio y los problemas que le son afines. Dice así:

¿Cómo corregir lo erróneo en nuestra actitud hacia el indio? Lecciones de una tragedia.

Entre 1532, año en el cual Atahualpa fue capturado y su ejército disuelto, y el 2 de octubre de 1962 fecha en la que un médico y su colaborador fueron victimados por los que recibían el beneficio de su esfuerzo, median cinco siglos. Innecesario decir que estos hechos son en sí tan diferentes como lo son sus actores y las épocas, y que toda tentativa de relacionarlos parece sencillamente absurda. Hay, sin embargo, un fondo desde el cual emergen como las ramas de un mismo tronco. En Cajamarca se produjo el primer contacto entre el conquistador, el indio y el misionero; en Guachún tenemos el encuentro último de sus actuales personeros. Una marca cangrienta señala la huella que se extiende entre las dos épocas.

Pero lo que se revela en el desarrollo socio-histórico tendido entre las mismas es que la carne del indio, desnutrida y tumefacta, todavía alienta y su herida sangra por una amplia y abierta boca. Lo que se exterioriza en su agriedad y beligerancia es que él, vencido pero no rendido, está en pie, presto a la lucha. Guiado por un elemental sentido de independencia el indio se marginó de la moderna nacionalidad ecuatoriana, cuya existencia apenas ha reconocido. Ha ignorado hasta hoy no sólo la Carta Fundamental del Estado, sino también su estructura orgánica y jurídica. Nada mejor que esto para demostrar no sólo su ignorancia del mundo que le rodea, sino también su rebeldía.

BREVE HISTORIA DEL DOLOR DEL INDIO.—A los cinco siglos de iniciado este proceso llegó la generación de las postrimerías del siglo XX a una realidad en la cual, en su aspecto humano, el espectáculo más lacerante es la miseria del indio. Miseria de la vida material, miseria de la vida del espíritu. Y el área ecuatoriana en la cual este espectáculo alcanza su culminación es a no dudarlo el cen-

tro del país, justamente donde el gran latifundio señorea la economía. No hay sino que ir a un mercado, asistir a una feria para observar que no es la riqueza y variedad de los frutos, la alegría de la producción y el regalo de la abundancia lo que se exhibe y ofrece, sino su triste caricatura. Esta muchedumbre de seres andrajosos revela en sus inexpresivos rostros los estragos orgánicos, perpetuados por la herencia, de una vida de privaciones prolongada a través de las centurias. Y en la melancólica choza las condiciones de higiene son tales que uno de nosotros, seleccionado por su amor al indio, apenas sí podría permanecer más de un día en la misma.

Vemos sin embargo que donde no impera este tipo de organización, como en los alrededores de Otavalo, el indio surge a la vida con cierta libertad, alegría e iniciativa. Y entre estos dos extremos se encuentran en la serranía ecuatoriana todos los grados intermedios, aproximándose por lo general más al régimen del Chimborazo que al de Otavalo.

Lo que demuestra una realidad que al llegar a su fase final presenta tales caracteres, es que la mano de obra del indio ha sido explotado como un recurso natural, como la tierra o el agua. Hubo un proceso de adoctrinación del indio, pero no de educación propiamente dicha, educación que abaricara su vida toda, mental y material. El resultado de una existencia así, consagrada a remover la tierra y pastorear los animales, es ese espectáculo de pobreza, ignorancia y atraso que ahora nos envuelve a todos, el cual se agudiza gracias al contraste: por una parte con los adelantos de la técnica moderna y, por otra, con el brillo de los opulentos. Y no se tome lo que dejo consignado como simple afán de crítica, sino como una constatación de los hechos.

Grande fue el cambio que la colonización europea promovió en la existencia del indio. De personaje central del escenario americano, el indio descendió en el concepto de algunos colonizadores a subhumanas estructuras biológicas. Y esto tuvo la correspondiente sanción en la práctica:

se le valoró tan sólo en cuanto a su capacidad de rendimiento físico. Una vida de trabajo agotador que empezaba con la aurora y terminaba ya llegada la noche, y de la cual no escapaban las mujeres ni los niños; trabajo realizado en las penosas condiciones materiales de las encomiendas, los obrajes y las mitas, fue a lo largo de la Colonia la amarga realidad de su existencia. La enfermedad poco atenuaba esta dureza. Si se le reconocían derechos, éstos eran meramente teóricos; pero sus obligaciones eran de naturaleza actuante e inmediata. Innecesario agregar que el salario era sólo lo indispensable para mantener su organismo en actividad. Se le aplicaban los castigos físicos. Los fugitivos eran cazados como animales, y se organizaban expediciones punitivas para someter a las poblaciones rebeldes. Las tribus levantiscas eran disueltas o expulsadas de su habitat tradicional. Aventureros saqueaban las aldeas y mercaderes de esclavos surcaban los ríos de la Amazonía raptando a los adultos, las mujeres y los niños. Por esto no era raro el suicidio; y los padres mataron muchas veces a sus hijos recién nacidos para evitarles la suerte que ellos habían corrido. Terribles epidemias de gripe, viruela, tosferina y sarampión recorrieron triunfantes las populosas mesetas, extendidas entre México y el Perú, y el Siglo XVI ofreció un espectáculo de mortandad bajo el presagio de la extinción final del indio. Su cultura original fue arrasada, y su hacedor puesto en condiciones de imposibilidad para crearla. El indio acogió la embriaguez como un refugio a su existencia desesperada. Y en ciertas regiones del continente, como la Patagonia y la Tierra del Fuego, se organizó su cacería, llegando a pagarse su cabeza en metálico. Debemos añadir, finalmente, que no en todas partes ocurrió lo mismo, pero ésta fue una realidad, atenuada o intensiva, que envolvió en una forma o en otra a todo el mundo americano.

TRES HECHOS EN UNA LARGA CADENA DE ACONTECIMIENTOS.—Lo que acabo de decir, repito, no está

destinado a formular acusaciones, vanas a esta hora. Lo que acabo de decir pertenece a la historia. Lo digo para promover una comprensión mejor del indio y sus hechos, y para orientar en el futuro nuestras relaciones con él. La historia continental está llena de hechos en los cuales se agudiza el conflicto que a partir de la Conquista se interpone entre los autóctonos y los europeos.

Tres hechos, ocurridos en los últimos tiempos, merecen nuestra consideración: el sacrificio de los misioneros norteamericanos a manos de los Aucas; el combate del Pucará de San Pablo y la inmolación de los miembros de la Misión Andina.

Lo que la inocente sangre derramada en el primero revela es la naturaleza inexorable de las decisiones en la mentalidad de los primitivos. Los Aucas fueron originalmente buenos, como todos los pueblos naturales, como Rousseau lo ha postulado. Sin embargo ellos victimaron a sus primeros evangelizadores, los padres Lucas de la Cueva y Pedro Suárez (1667). Pero dos siglos más tarde obtuvo un éxito considerable entre los mismos el Padre Gaspar Tovía (1892). Posteriormente los Aucas sufrieron la presión de las fuerzas militares peruanas en su avance hacia los andes ecuatorianos, y tuvieron que desplazarse hasta quedar arrinconados en el lugar que actualmente ocupan. Se produjo un estado permanente de odio y venganza hacia los blancos. Sobrevino el sacrificio de los misioneros evangélicos, el cual ocurrió en 1956. No se trata pues de un hecho tan inesperado e ilógico como se ha creído. Lo que sí sorprende es la ingenuidad e imprevisión de los evangelizadores, su escasa versación en el conocimiento de los primitivos. Si ellos hubieran hecho un curso de Antropología cultural y Etnobiología, al enterarse de que la mentalidad y no sólo ésta sino también su sensibilidad y emoción son distintas de los civilizados, no se habrían entregado tan prestamente a confianza, ni habrían caído en el engaño y la muerte.

En el encuentro del Pucará de San Pablo, librado hace

algún tiempo entre los aborígenes y los moradores de Otavalo, aquéllos llevaron la peor parte. Fue evidente la forma empírica e ingenua con que el Municipio de esa localidad abordó la solución de un problema sencillo al parecer —compra de un terreno a sus poseedores autóctonos—, pero muy delicado y complejo en realidad: el desarraigo de propietarios connaturalizados emocional, psicológica y económicamente con la tierra que les vio nacer.

Estamos seguros de que la tragedia pudo evitarse y probablemente conseguirse el anhelado terreno para hotel de turistas si el Municipio de Otavalo, en vez de valerse de emisarios ajenos al conocimiento de la psicología y sensibilidad del indio, hubiese encargado una gestión previa, educadora y sagaz, a dos antropólogos sociales. Estos, radicándose por algún tiempo en el lugar y en medio de los indios, estableciendo un amistoso y diario contacto con ellos, hubieran cumplido su misión de amortiguar las tensiones que se levantan inevitablemente entre colectividades humanas no coincidentes en su cultura y economía, y separadas por antecedentes como los que dejamos consignados.

Queda por fin el último hecho, el que ocurrió recientemente. Un médico y su ayudante, cuya actitud amistosa y solícita hacia los indios era el rasgo característico de su conducta, son horriblemente asesinados junto a la iglesia de la aldea. Sus compañeros, heridos, se salvan milagrosamente. El elemento humano que interviene en este caso como agresor está constituido por indios y, quizá, algún mestizo.

Un proceso de aculturación más o menos avanzada es lo que caracteriza a las multitudes que se congregan en una iglesia de pueblo para la celebración de los ritos religiosos. Su cultura es pues, la cultura más o menos indígena y más o menos mestiza propia de las poblaciones rurales de la serranía ecuatoriana y cabalga, simultáneamente, sobre los elementos autóctonos y tradicionales y los de neoadquisición, aportados por el blanco. El rasgo más sobresaliente

de su temperamento es su domesticación y mansedumbre; pero lo es también la inestabilidad de sus convicciones y su falta de espíritu crítico para juzgar debidamente las palabras y los hechos. Son gentes desprovistas de personalidad y arrebañadas; presas fáciles de cualquier hablador activo y sin escrúpulos.

Lo que el relato de los hechos y sus antecedentes revela hasta la evidencia es que un proceso deformador de su conciencia, que empezó como propaganda política y se difundió como convicción emocional, llevó a esta muchedumbre a ver en toda persona ajena a su colectividad, que se aproximase a ella haciendo incluso una saludable obra, no más que el enemigo tradicional, disfrazado ahora; el autor de sus males en busca del último rescoldo oculto entre los negros despojos de su pobreza.

Como en los casos anteriores, lo que caracteriza a éste es la forma espontánea y rápida en que se desenvuelve la acción que conduce a la tragedia. Parece que la Misión Andina subestimó la importancia de las advertencias, las cuales se dejaron oír poco antes. De no ser así no habría autorizado a sus agentes sanitarios aproximarse a ese lugar. Ignoró el hecho conocido por psicólogos y sociólogos y según el cual las muchedumbres no reflejan la sensibilidad, la emoción y mentalidad de los individuos. Bien se sabe que éstos, cuando forman una colectividad insurgente, vuélvense impulsivos e irresponsables. Lo que ocurrió nos lleva a pensar que una obra como la de la Misión Andina, dedicada al bienestar y progreso de las colectividades más atrasadas, no debiera limitarse a lo momentáneo y circunstancial, como la asistencia de enfermos. Su acción debería tener un carácter educador y permanente. Hay que transformar los hábitos nocivos en saludables mediante la acción de educadores sociales. También ahora se advierte que la ausencia de antropólogos acompaña a los hechos trágicos. A éstos corresponde —séame permitido insistir— no sólo el primer estudio de la realidad humana en un área o localidad deter-

minada, sino también guiar la opinión de sus moradores para obtener su colaboración. No basta pues una acción dedicada a las realizaciones prácticas y materiales más urgentes; es indispensable una orientación científico-técnica adaptada a la cultura, psicología y mentalidad del indio.

CONSIDERACIONES FINALES.—El objeto del presente artículo es promover una actitud correcta hacia el indio, sus hechos y sus intereses. Sugerir el estudio de su cultura con criterio histórico-evolutivo; el conocimiento de sus condiciones de vida en el pasado y en el presente; la comprensión de su personalidad anímica.

Por correcta no entendemos la simple palabrería teórica y demagógica, ni la sensiblería lloriqueante que sólo promueve compasión y después desprecio; que no plantea ni soluciona problemas; que no indica un camino ni una meta. Tampoco la exagerada exaltación de virtudes de este personaje ni su denigración, ofreciéndolo como un ser degenerado y estúpido, como —con buenas intenciones por cierto— lo han hecho la literatura y la plástica de denuncia.

Para que sea correcta, nuestra actitud hacia el indio debe ser humana, objetiva y leal, bien intencionada; debe despojarse de todo elemento emocional meramente especulativo. Hay que considerarlo con criterio sereno, formado a la luz del conocimiento, con sentido histórico, de sus valores reales. Los que le atribuyen una inferioridad congénita no han pensado en el hecho de que cuando los Germanos, entre otros, se encontraban en la barbarie, los Mayas construían sus templos y sus poetas cantaban la vida con hermosos versos. Los Aztecas perfeccionaban su calendario y los Incas iniciaban el movimiento que los conduciría al Imperio. Vino después la Colonia, y la República independiente no demostró ser más humana y más justa. Y éste es el fondo trágico del drama cuyas sangrientas exacerbaciones se producen con una periodicidad casi matemática.

Cuando los Aucas sacrificaron a los misioneros se habló mucho, se protestó y llegó a decirse, grotescamente, que había que afrontarlos "con la cruz en una mano y en la otra una ametralladora". Una frase apasionada y reveladora de la superficialidad con que se suele abordar asuntos humanos tan serios. Claro que planteada una cuestión de esta índole en términos puramente legales cae por entero bajo la sanción del Código Penal; pero si consideramos las acciones de los primitivos ubicándolas en su medio natural externo e interno —cultura y mentalidad— y a la luz de la científica interpretación etnobiológica de su conducta, la cosa cambia de aspecto. Decir que los pueblos naturales y sus vecinos aculturados tienen tanto derecho a la cultura, el bienestar y la libertad como los civilizados, es repetir un lugar común. Aunque los individuos autores de crímenes como el que acaba de registrarse deban ser sancionados de acuerdo a lo que prescribe la Ley, las colectividades de que forman parte deberán ser sometidas a un proceso de aculturación, bienestar y educación. En vez de predicar el odio irrazonado hacia determinadas agrupaciones políticas —como lo hacía el cura de aldea—, hay que suscitar en ellos las virtudes que indudablemente duermen en el fondo de su conciencia.